

---

## CAPITULO XII

*Diciembre*

El nuevo mes me dió nuevo sudor para hacer trayectos en todas las líneas á caza de personajes y aventuras, ilusionado por la esperanza de que, una ayudado por la fortuna, podría acabar mi libro con escena de novela y pensaba ya en realizar la tentación que me asaltaba de hacer el último capítulo puramente de fantasía, si me daba chasco la fortuna. Incurablemente enfermo de romanticismo, y atormentado por el deseo de quitar á la naturaleza con su salsa picante y de presentarla en forma arquitectónica, como los ramilletes de los pasteleros, iba á olvidar por un momento el designio que me



había trazado, de pintar la vida real tal y como aparece en calles y plazas.

Pero aquella intención duró pocos días, y el ardor de investigar acabó por medio de una de aquellas solemnes nevadas turinesas que hacen entrar de nuevo en el pecho los propósitos poéticos, las narices en los tapabocas, las manos en los bolsillos, y con aquel ardor peligroso huyeron todas las tentaciones de terminación romancesca. Lo cual fué mejor, según creo, para mi manuscrito.

\*  
\* \*

Nevaba de firme, á copos anchos como billetes de tranvía. La larguísima calle de Niza estaba cubierta con un manto blanco que apagaba el rumor de los coches nevados, deslizándose sobre los carriles invisibles, y entre toda aquella blancura alpina, se veía la mancha negra de Tempesta que parecía un loro encapuchado y con guantes y zuecos, no enseñando del rostro sino la nariz, la perilla y el bigote, agitados por el soplo de una blasfemia perpetua. Maldecía de los copos que le entraban por la boca,

de los pasajeros que, subiendo, le pisaban los pies ó le daban en las piernas con el paraguas nevado, y daba de cuando en cuando al toldo mojado, que parecía retirarse á propósito, para dejarlo descubierta á la intemperie.

—¿Mal tiempo, eh?—le pregunté con buenos modos.

Contestóme bruscamente:

—¿Me lo dice á mí? ¡Vaya una noticia!

—Tendremos para mucho tiempo, á lo que parece,—añadi.

—No lo sé, gruñó.

¡Ah, pobre Tempesta! Acordéme de un loco de la Villa Cristina que dibujaba con una varita las distintas partes del cuerpo que le dolían, marcando en cada una de ellas una bestia feroz, la cual, según él, royéndole la carne, era causa de sus dolores; y me pregunté si asimismo aquel cochero no tenía dentro del cuerpo algún animalucho rabioso, ya que no una trahilla entera que lo desgarrara. Cuanto más lo estudiaba, más me convencía de que en su casa cuando menos, no debía ser un mal hombre, porque de otro modo no podía comprenderse cómo soportaba tantas molestias durante doce horas. En un momento dado tuve la tentación de apoyarle una mano, y decirle suavemente:

—¿Querría usted explicarme, simpático puerco espín, dónde podría yo tocarle sin que me pinchase?

La que se pinchó en aquel instante fué una anciana señora, que habiéndole dicho tímidamente para que parara:

—Haga el favor...



Tuvo por contestación un encogimiento de hombros y este cumplido:

—¿Que *haga el favor?*... Se dice, *¡pare!*

La cortesía le irritaba los nervios, como la música irrita los de algunas bestias.

En la plaza San Silvario, donde estaban jugando unas bandadas de chiquillos, pasóle á un palmo de las narices una bola de nieve. Tempesta lanzó á los combatientes una mirada exterminadora á la vez que un bramido de leopardo. Luego la emprendió contra uno de los caballos. *Livorno*, cojeaba, llamándolo asesino, ladrón, carne de horca y amenizando cada epíteto con un latigazo. Uno de los pasajeros, que estaban en la plataforma, se arriesgó á hacerle la siguiente observación:

—¿Qué culpa tiene el pobre si cojea?

Volvióse hecho una furia el cochero y contestó:

—¡Sí, señor; es un vicio; lo hace expreso; cojea únicamente para fastidiarme!

Y dió un resoplido. Luego añadió:

—E; preciso conocer las bestias antes de hablar.

Su interlocutor replicó sonriendo:

—Ya lo creo, antes de hablar... es preciso conocer á los animales.

Todos se rieron y entonces sucedió un milagro. Tempesta mismo se sonrió. Fué un rayo que iluminara una nube negra. En seguida obscurecióse de nuevo su rostro, atizó un terrible latigazo á *Livorno* tratándolo de infame boya, y empezó á exhalar de nuevo por el larguísimo camino blanco, el soplo de su rabia implacable.

\*  
\*  
\*

Siguió cayendo nieve sin parar, tan espesa, que parecía poder hacerse bolas de ella, cogiéndolas con las manos en el aire, densa hasta el punto de que los tranvías parecían como sombras detrás del velo de los copos, y no se advertían todavía cuando ya anunciaba su aproximación el soplo fatigoso de los caballos, y el vocear continuo de los cocheros, asomados á la ventanilla del toldo, como centinelas á las aspilleras de una fortaleza móvil. Pero toda aquella nieve no acertaba á apagar el fuego belicoso de Carlin, á quien encontré una tarde en la línea de Vinzaglio, furibundo por el asesinato de la expedición de Cecchi y sobre todo contra el Ministerio porque había afirmado que no tenía ningún propósito de ocupación militar. El bombardeo de Geriza y el fusilamiento de los cinco Somales, en vez de apaciguarlo lo habían irritado más, tal como un aperitivo irrita más el apetito de un glotón. Como de costumbre, hubiera querido quemar, exterminar, reventar todas las cosas y cambiar la faz del África.

—¡De manera,—exclamaba,—que todos nos pegan y no pegamos á nadie! ¡Es preciso esconder la cara en los calzones!



Y no alcanzaba á comprenderlo, pensando que teníamos gente con exceso, millones de hombres sin trabajo, una superabundancia de borregos humanos que debían hacer bendecir todas las ocasiones que se presentasen de enviar á fuera una gran cantidad, para aliviar á Italia é invadir las tierras de los perros.

—¿Qué quieren hacer de tanta gente? Somos demasiados. Todos nuestros males vienen de ahí. La multiplicación es lo que nos arruina...

De nuestra excesiva fecundidad me adujo una prueba singular. Hacía tres días, hora por hora, que en aquella misma línea, en el número 139, una mujer sintió los dolores del parto y poco faltó para que en el mismo tranvía hubiese un «pasajero» más. Fué preciso parar el tranvía, y apenas hubo tiempo de llevarla á una portería de la calle de Roma. Al pasar de vuelta el tranvía, el amigo estaba ya fuera, y cantaba como un gallo. El nacimiento intempestivo de aquel muchacho, era para él el argumento Aquiles en favor de una política de guerra en Africa.

¡Bombardear! ¡Bombardear!

Y repitiendo este «delenda» desde lo alto de la plataforma, con los brazos cruzados sobre el pecho, fijaba la mirada en la plaza del Castillo, blanca de nieve, con la expresión de Napoleón I, en el *mil ochocientos catorce* de Meissonnier. ¡Pero cuán distintos son algunas veces los pensamientos que nacen en el interior del tranvía y en la plataforma! En aquel instante estaban dentro, en uno de los lados, varias señoras elegantes y hermosas; en ambos ángulos del fondo, dos caballeros con sombrero de

copa y corbata blanca, que iban á algún banquete de gala; en frente de las señoras media docena de jóvenes y elegantes oficiales de la Escuela de Guerra, entre los cuales había un guapo mozo, teniente de infantería belga; y se veía en los ojos de boda de aquella gente silenciosa, la llama de la galantería, se adivinaba en el aire de aquel salón ambulante, la vibración de una corte de amor reducida, el entrecruzamiento de la simpatía y de la atracción detenidas por el freno de la conveniencia, un trabajo vivo de las imaginaciones excitadas y que pensaban en conquistas muy distintas de la del Benadir, en otras batallas muy diferentes de las que el pobre Carlín invocaba, amenazando con el puño á la nieve... También esto parecía un símbolo; la política que quiere gobernar el mundo y mandarle, y el amor, alma del mundo, que se ríe á sus espaldas. Pero no me atreví á expresar este pensamiento á Carlín para no amargarle el suyo, que confortaba su vida. Y como si apareciendo por última vez en mis apuntes, debiese desaparecer para mí aquella noche, le hice, bajando, un saludo cordial que interpretó el pobre hombre como una aprobación de toda su política del 96, y me valió en contestación una cordial sonrisa de Ministro satisfecho hacia un diputado complaciente. Muera su política y viva su recuerdo...



Continuó nevando, y aunque encontré placer aquella tarde, al entrar en el interior de los carruajes, atraído por el aspecto de intimidad familiar que ofrecían, satisfecho de estar al abrigo de la intemperie, y particularmente dispuesto, en aquella comunión no ingrata de calor animal, á las conversaciones amistosas, no me placían tanto los trayectos como meses atrás. En uno de esos trayectos, durante la tarde de la fiesta de la Concepción encontré al síndico de Turín, acurrucado en un ángulo y no reconocido por nadie, exceptuando al cobrador, que le miraba desde la plataforma, á través del cristal de la puerta, con gran curiosidad. Ciertamente, el ilustre síndico, viendo á aquel pobre cobrador con la cabeza casi cubierta por el tapabocas, que lo miraba desde fuera, como un infeliz atarido mira desde la calle al caballero sentado dentro del restaurant, estaba bien lejos de pensar que fuese aquel hombre, un noble como él, como él conde, de una familia más antigua que la suya y que llevaba un nombre muy famoso en la historia de Italia. Pero el rostro del conde incógnito no dejaba transparentar ningún pensamiento melancólico y tenía su expresión de resignación serena, parecía que se deleitara al advertir la vivacidad insólita de los pasajeros, que eran, en su mayoría, pequeños rentistas y obreros decentemente ataviados, entre los cuales se cruzaban conversaciones distintas. Hablaban del proyecto financiero de Luzzatti, del ca-

pital que había perdido el Banco de Nápoles, de la proposición de una tasa militar, con las freses recogidas en los diarios de la mañana, y con aquel tono entreverado de desconfianza amarga, y de indiferencia burlona que se acostumbra á emplear en Italia al hablar de la política. En un momento dado, quedaron todos silenciosos; luego un pasajero, del cual la luz iluminaba únicamente la parte inferior del rostro, tapado por un gran sombrero, habló de la ley sobre los *accidentes del trabajo*.

—Ah,—pensé para mí;—henos aquí en el Senado. Y miré al síndico, que era senador.

Y el Senado, que por segunda vez había rechazado la ley, fué bárbaramente destrozado por el del gran sombrero y por otro que estaba á su lado.

—Esa gente medio muerta no sirve para nada; esos viejos reaccionarios solamente cometen disparate sobre disparate; la ley estaría ya en vigor si no hubiese tenido que pasar por aquella antecámara del camposanto, donde todas las reformas en favor del pueblo se combatían ferozmente.

Otras cosas parecidas dijeron, que no debieron saber á gloria al síndico.

Y he ahí que otro pasajero, dando un salto desde Roma á Turín, empezó á quejarse del servicio de limpieza municipal, diciendo con un vozarrón de contrabajo que mejor, mucho mejor que en Turín se presentaba aquel servicio en una de las aldehuelas circunvecinas. El valiente síndico sostuvo intrépidamente la segunda, como la primera carga, mirando con una sonrisa filosófica un anuncio del *Chocolate Talmone*, pegado entre dos ventanillas. La quiebra del Banco de Como, que se puso luego so-



bre el tapete, le libró, y en tanto que la nueva discusión se acaloraba, pasaban otros tranvías dentro de los cuales se veía á otras comitivas, iluminadas desde lo alto, salas de club y de café ambulantes, pequeñas aulas de Consejos comunales, repletos de rostros graves ó sonrientes, de soñolientos, de bromistas, que aparecían y desaparecían rápidamente entre los torbellinos que formaba la nieve.

BIBLIOTECA PARTICULAR  
DE LA

*Srita. Felicitas Lozaya*

PROFESORA DE CANTO.

\*  
\*  
\*

Después de la nieve vino la niebla, aquella niebla invernal de Turin, densa y fría, que irrita casi como una quemadura, que invade todos los vacíos y cubre la ciudad como una inmensa nube de cenizas inmóviles, casi palpable, y que esconde casas, árboles, gentes, carruajes, faroles, circunscribiendo á un radio de cinco pasos el espacio visible para toda persona; que intercepta como un muro gris la perspectiva de las plazas y de los paseos, que llena los pórticos como un humo que saliera de millares de tiendas incendiadas, y produce á cada momento

la ilusión de que, barrios enteros han quedado destruídos, tragados por la tierra entre los vapores de un cráter enorme. Parecía que se corriese dentro de una obscuridad blanca, á través de una fila infinita de velos húmedos que el tranvía desgarraba, no viendo los otros carruajes, sino en el último instante, como si surgiesen, por encanto, del suelo, como larvas que escapaban asustadas al advertir el paso de los caballos. Y aquel continuo sucederse y entrecruzarse de silbidos y campanillazos en aquella atmósfera opaca, sugería la idea de una ciudad agitada por un grave afán, y oprimida por las amenazas de algún gran peligro misterioso.

Estaba en la plataforma, apretado por todas partes, en compañía de un joven poeta, cubano, nuevo en Turin, y que no había presenciado nunca aquel espectáculo, que aumentaba su natural melancolía. Venido por primera vez á Europa, y llegado el día anterior de Francia, no podía convencerse de que estuviese en Italia, donde imaginaba, que hasta las ciudades septentrionales tenían un invierno plácido y sereno como en su isla nativa.

Miraba alrededor casi asustado, y me decía de cuando en cuando, con su lenguaje italiano trasatlántico:

—¡Esto es Siberia! ¡Parece que estemos en Spitzberg! ¿Cómo puede gustarle ese horror?

— Sí—le contesté, — tengo gusto de esquimal. La niebla me excita la imaginación. No reconozco los cruces; no sé muchas veces en qué punto me encuentro; la ciudad me parece agigantada; imagino,



que estoy en Londres, en Petersburgo ó en New-York.

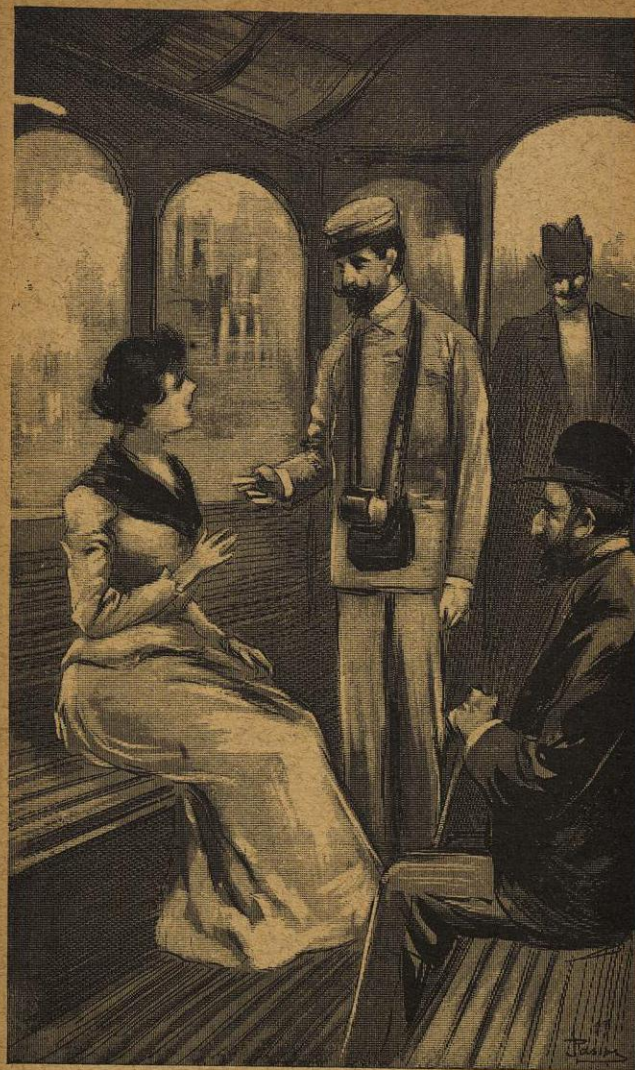
Me gusta algunas veces sentir la humanidad sin llegar á verla.

La niebla rompe la monotonía de mi vida, y me produce mil sorpresas y sensaciones insólitas. Esta resonancia extraña, huérfana de todo rumor, me place como un lenguaje nuevo de las cosas; me gusta más el encuentro de un amigo en esta obscuridad livida, parecida á la sombra de una floresta virgen, que verlo á la luz del sol; me agrada advertir de repente el rostro de una mujer hermosa, como si apareciese por el desgarrón de una nube; oír voces conocidas, de conocidos invisibles, y las risas de muchachas misteriosas que se pierden en el aire como ecos de ecos.

Y luego, ¿qué quiere usted? Por la noche, singularmente, la ciudad llena de gente y de luces, que trabaja y se divierte, paréceme una expresión más potente de la civilización humana, bajo ese gran manto lúgubre con que la naturaleza la cubre sin conseguir sofocar su vida y su alegría.

El cubano no parecía persuadido. Si hubiese debido vivir en Italia, de fijo que no hubiese escogido por punto de residencia Turín. Me preguntó si la ciudad me parecía propia y adecuada para los trabajos artísticos, bastante italiana de aspecto, para dar á la inspiración de un poeta las alas que debían darle, Venecia Nápoles, Florencia, Roma; si no era de temer allí la monotonía.

—No,—contesté,—no hay monotonía dentro de la libertad. Aquí siento la inteligencia libre. Paréceme que el pensamiento se dilata, espaciándose



Al sentarse volvió la cabeza á derecha é izquierda



por las vastas plazas y vaya muy lejos, lanzándose por las larguísimas calles, por los caminos que de todas partes van desde la ciudad á la campiña. Los edificios no llaman la mirada, y por lo mismo, no la distraen de la grandeza del conjunto y de la belleza de la natura; de cuando en cuando, advierte mayor espacio y se lanza á vuelo de ojo hacia los Alpes y las colinas. En ninguna otra ciudad se ve tanta verdura, tanto azul, tanta blancura; en ninguna otra tiene la primavera un aspecto tan fresco y espléndido, que parece una renovación del mundo. Y, luego, habiéndose transformado la ciudad, bajo mis ojos, durante los años transcurridos, veo y amo siempre, en los aspectos nuevos, los aspectos que ya han desaparecido, me asalta una nube de recuerdos á cada paso, siento mil voces de personas y de cosas pasadas que me llaman, y pareceme que en la atmósfera vibran todavía recuerdos de la juventud de su patria y de la mía; gozo con la belleza, que quizá no existe sino para mis ojos, porque la ilumina y la colora un rayo de luz que sale de mi corazón. Veo en el fondo de cada calle una ciudad de Italia, y en las golondrinas que vuelan alrededor del palacio Madama, mis esperanzas fugitivas, que cantan y me saludan todavía.

El joven movió la cabeza.

—¿Encuentra en armonía con la suya,—preguntó,—la índole de los habitantes? ¿No le parecen demasiado fríos y callados, demasiado septentrionales, como me han dicho?

—No pueden juzgarles los extranjeros, ni siquiera un italiano de otra provincia, si no vive aquí muchos años.



La benevolencia no es ruidosa, el corazón no se abre al primer impulso; pero todo lo que cuesta trabajo conquistar, nos es más caro una vez adquirido. La discreta cortesía, la dificultad en prometer evita desengaños y amarguras, y de esta manera, se encuentra en los buenos mayor bondad de la que se esperaba.

En los afectos, que los ojos expresan y la boca calla, hay una dignidad que avalora su precio. Y quien comprende lo mucho que vale gente de tal especie, la quiere doblemente. Por eso me siento yo ligado á la ciudad hasta por gratitud; ligado por tantos vínculos del corazón, del pensamiento y de la sangre, que no podría vivir en otra parte, ni aun pasando de pobre á rico, de enfermo á sano, ni aun encontrando cien amigos si aquí no me quedase ni uno; y estoy seguro de que siento un consuelo al pensar que he de morir aquí.

En tanto que decía estas últimas palabras, un caballero que había estado á mi lado hasta entonces, sin que yo le viera el rostro, volvió la cabeza poco á poco, como una estatua removiente y me miró á los ojos.

¡Al cabo le había conquistado! Comprendí al vuelo que la crítica de la calle Garibaldi y la laceración de la *Gazzetta del Popolo*, y hasta aquella loca teoría del socialismo municipal, quedaban perdonadas para siempre.

El buen Cicchierino, empleado modelo de no sé qué regia administración, el más puro y celoso de todos los turineses nacidos y por nacer, estaba enternecido, estaba vencido, era mío. Cuando bajó, llevóse la mano al ala del sombrero, y antes de des-

aparecer entre la niebla, volvióse hacia el tranvía, apareciendo en su rostro una ligera sonrisa benigna que borró mi última duda; ¡demo las gracias á Cuba!

El acontecimiento era un buen auspicio para un buen fin de año.

\*  
\*  
\*

Desvaneci6se la niebla y resplandeci6 el sol, que volvimos á ver, después de una noche de siete días.

Los tranvías corrieron de nuevo libremente por la ciudad clara y como teñida de más vivos colores, dorados por todas partes por anchos rayos de luz.

Los cobradores y cocheros, después de una semana de fatigas penosas, saludaban con alegría la atm6sfera límpida, sobre la cual se destacaban los Alpes blancos, que parecían haberse acercado durante los días de mal tiempo. En Porta Palazzo, donde esperaban los tranvías de Lanzo, durante la



hora de la comida semejaba aquello una fiesta. De todos los carruajes que llegaban por todos los caminos saltaban á fuera cocheros y cobradores, y sentados sobre el estribo, dentro de la barraca de parada, en todas las partes donde encontraban un asiento, comían el contenido de las cestas, alternando con los bocados apóstrofes burlescos, dirigidos á los colegas que llegaban y partían. Y tapados como iban, con aquellas capuchas y aquellos guantes enormes, entre la nieve de la vasta plaza, donde aquí y allá llameaban hogueras, parecían una bandada de cosacos, vivaqueando entre los carros en una parada en las estepas.

Subido que fui á mi tranvía, encontréme al lado, en la plataforma, al joven tipógrafo rubio, al recién casado, fresco y alegre como el aire. Empezó á hablarme de Antonio Maceo y de la cuestión cubana; pero, á pesar de que parecía preocupado por la política, advertía yo, claramente, que tenía algo que decirme, y, con efecto, al cabo de unos momentos me comunicó que dentro de unos meses quizás, la causa socialista contaría con un soldado más. Falta saber únicamente si sería un compañero ó una compañera.

Le felicité y me alegré.

No sé por qué se le había metido en la cabeza que debía nacer en Abril, quizá el día mismo del nacimiento de Fernando Lassalle; fecha de buen agüero.

Si era un varón, había decidido ya ponerle los tres nombres de Fernando (Lasalle), Federico (Engels) y Carlos (Marx).

Y se restregó las manos. Luego hizo el elogio de su mujer.

Cada vez estaba más contento de ella. Afanándose por trabajar, á pesar de su estado, se mostraba buena y cariñosa con la madre de él, y no había mudado de ideas, como tantas otras, después del matrimonio.

Ella misma era la que le decía:

— Ernesto, acuérdate de no faltar á la reunión de tal noche... No te olvides de pagar la suscripción de tal diario... Pongamos también nosotros algo para la caja electoral.

Hasta aquella mañana era ella quien le había indicado que llevase el producto de una colecta á un compañero sin trabajo y enfermo que habitaba en el barrio de San Silverio. Pasaban la noche juntos, leyendo volúmenes tomados de la biblioteca de la *Asociación de los Trabajadores del Libro*; pero, preferían los opúsculos de propaganda, que compraban por su cuenta. Ella se apasionaba, especialmente por la historia de las socialistas célebres: Leonor Aveling, Ana Besant, Severine. Tratando de esas cosas pasaban las horas, hasta que se dormía su madre haciendo calceta.

Luego, de repente, pareciéndole que me había hablado con harta familiaridad de asuntos suyos, se puso de nuevo serio para preguntarme si creía que fuese verdad que iban á cerrar todos los círculos socialistas y todas las Cámaras de Trabajo de la Liguria; pero, viéndome sonreír é insistiendo yo para que volviera á hablarme de su familia, cogióme el brazo en señal de gratitud, y empezó de nuevo con mayor efusión.